

843  
M.  
PQ 2625  
ES 3  
N 68  
U. 2

La Ilustración Popular,  
la mejor y más barata  
de la República.

EL JUEVES DEL MUNDO

Grabados  
de actualidad.



Pedidos foráneos, á Luis Reyes Spindola, 2<sup>a</sup> de las Damas 4

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
FONSO REYES  
FONDO DE CARDOY COVARRUBIAS

# UNA NOCHE DE BODAS.



I

## CASTILLO EN VENTA.

Cuando Luciana entró en la habitación de su señora, notó que estaba de malísimo humor.

La hermosa rubia fruncia sus divinas cejas, como si tuviese en la mano el rayo para carbenizar á su enemigo.

—Luciana, dijo, hay que preparar las maletas.

—¿Va de viaje la señora?

—Mañana.

—¿Y la señora va?.....

—A Scaer.

—¿Sola?

—Mi cuñado, si me acompaña, vendrá después.



Diga usted á Pedro que envíe esta noche los caballos de silla en el expreso.

—Bien. ¿Lleva la señora toda la servidumbre?

—Sí.

—¿Se propone estar mucho tiempo allí?

—No lo sé.

La orden se dió á las diez. A las doce el barón avisaba á su cuñada que no podía salir con ella. Pero enviaba á Juan Maria para prepararlo todo y él iría dentro de algunos días, en cuanto resolviese los negocios imprevistos que le detenían en Paris.

Dos días más tarde estaba sentado el señor de Vaudrey ante la mesa de trabajo, en su suntuoso despacho de Laugou.

Eran las nueve de la mañana.

Por las ventanas abiertas se divisaba un valle pantanoso, lleno de juncos y yerbas acuáticas, y no muy alegre á la verdad.

El duque lo contemplaba con hastío.

Aquella misma mañana habia recibido de su notario señor Durand, miembro intergerrimo y digno de su clase, un voluminoso legajo, no muy adecuado para inspirar ideas alegres.

Sus asuntos estaban de mal en peor.

De la lectura del legajo, resultaba claramente que las cosas tomaban un giro desastroso.

No habia compradores: las tierras estaban depreciaadas: las mismas casas de Paris sufrían hajas enormes.

En una palabra, la ruina era completa é irremediable.

Hasta entonces, el duque, no obstante las advertencias en contrario, habia conservado un resto de esperanzas.

El notario se lo arrebatava.

Sólo le quedaba un remedio: apurar el cáliz del matrimonio.

Pero á medida que transcurría tiempo, se sentía inclinado á detestar á la mujer que le recordaba el crimen que queria sepultar en el olvido.

Sentía como bocanadas de odio, más que por el crimen cometido, por la independencia perdida.

Su situación le parecia cada vez más insufrible. Habitado á la libertad más absoluta, sin más ley que su capricho, ni más fin que el interés propio, se veía encadenado á Luisa Renaud, cuyo carácter despótico le espantaba. Su crimen le entregaba atado de plés y manes.

La carta del notario desvanecía sus últimas ilusiones.

Era preciso pasar por las horcas caudinas de lo inevitable.

Con su carácter rebajado é irresoluto, el duque hubiera podido conformarse con un cómodo retiro, alegrado por la presencia de la bella Ivona, prendada hasta el sacrificio. Pero conformarse con las privaciones de la miseria, de la ruina, de la decadencia completa, vergonzosa, humillante. ¡Eso, nunca!



Ahora bien, el medio más seguro de evitarlo, ¿no era someterse á la baronesa?

Pero, ¿y la pobre Ivona?

Sería la víctima.

Y nada más.

¿No lo habian sido antes tantas otras de que no se cuidaba?

Sumido estaba en sus reflexiones cuando un ligero ruido que oyó en la ventana le hizo volver la cabeza.

Detrás de la balaustrada de hierro del camino, una mujer á caballo se inclinaba hacia el duque y sonreía mostrando unos dientes de intachable blancura.

—¡Y bien! sí, soy yo—dijo.—¡Ya era hora!

La baronesa de Bresson estaba deslumbradora como nunca.

Era la personificación de la carne en todo el esplendor de la sensualidad más tentadora.

El paisaje realizaba su singular hermosura.

—¿Tú aquí?—dijo el duque.

—¿Es censura?

—¡Qué imprudencia!

—Sé,—dijo Luisa sin tomarse el trabajo de disculparse,—que vas á predicarme prudencia: pero por de pronto llama á un criado; aquí le reciben á uno como en un molino.

El duque no tuvo que ordenarlo.

Gib acudía á todo correr de sus piernas secas como husos.

La joven viuda se apeó con soltura y le entregó las bridas de su caballo.

Luego, lente en mano, entró, como curiosa, en el gabinete de su amante.

—No parece que te agrada mucho mi venida,—dijo.—Eres un miedoso. Vaya usted á tener juicio. Se me habia agotado la paciencia. Bastante me he contenido. Soy libre y quiero gozar de mi albedrío.

Arrellenóse en un gran sillón de respaldo cuadrado, cubierto de sencillos bordados, obra de las abuelas del duque, y paseó en derredor una mirada satisfecha.

—Te felicito—continuó.—Todo está muy bien, el parque está cortado con amplitud, como un traje cuando sobra tela. Los campos están bien labrados: las aguas son magníficas. Es mejor que Chantilly. Nunca me habia fijado en Laugou como ahora. ¿Es verdad que está en venta?

—Como todo lo que poseo.

—¿Estás arruinado?—preguntó la baronesa.

—Completamente.

—Me lo ha dicho todo el barón. Su oficio se reduce á juzgar créditos, pesar fortunas y calcular el valor de cosas y personas. No te creía tan tronado, amigo mío.

—Siempre espera uno salir á flote, y se hunde uno cada vez más hasta que se va á fondo.

—Dejémonos de miserias. Cerraremos las brechas de tu casa, y todo volverá á su puesto. Decía, pues, que Laugou es muy agradable. ¿Cómo no lo habia advertido hasta este momento? Sin duda tendria



distraído el espíritu. Hoy estoy libre de cuidados. Y, querido mío, no quisiera equivocarme, pero á tí no te sucede lo mismo. Cualquiera diría que te estorbo. ¿En qué estas pensando?

Y sin dejarle contestar, prosiguió en voz más baja:

—Te pesa lo pasado. Mal hecho. Hemos jugado, sin querer, un capital inmenso. Hemos ganado. Asunto concluido. El juego es nuestro. No es grato, en general, guardar tales recuerdos, si posible fuese se llevarían de otra manera las cosas; pero, entre dos males, por fuerza hay que elegir el más pequeño. Veamos. ¿Te gustaría más yacer entre las frías paredes del panteón de familia que recibirme en este bien ventilado gabinete? ¿Querías verme instalada en un quinto piso de la calle de Batignolles con la rentecilla debida á la generosidad de mi marido? No, ciertamente. Pues deja esos aires fúnebres, y haz lo que yo. ¿Una débil mujer ha de darte ejemplo de valor?

Acercó su sillón al del duque y puso su enguantada mano sobre la que el señor de Vaudrey apoyaba en la mesa.

—Olvidemos lo pasado, dijo; echémosle tierra, y entreguémonos al placer de vivir juntos. El porvenir es nuestro: en lo sucesivo puedo venir cuando quiera á esta casa, donde entraba temblorosa, y sobresaltada por el terror de una sorpresa posible; sólo nos falta representar ante el mundo el último acto de la comedia, el de la simpatía naciente, el de la amistad que se desarrolla en pleno día, nos

atrae, engendra el amor y acaba en matrimonio, como todas las comedias. ¿Tan difícil es esto? ¿Por tan digno de lástima te tienes? No me preguntas como he venido á sorprenderte. El campo te anula amigo mío.

El duque estaba, en efecto, cohibido.

La llegada de la baronesa le inquietaba.

Luisa caía en medio de su novela con Ivona como una golondrina en una tela de araña.

—Estoy sola en Scaer, continuó la baronesa. El barón llegará dentro de pocos días. No me deja ya. Me ha dicho al despedirme: Ya sabes que el pobre Vaudrey está arruinado. Por eso ha huido á Bretaña. Laugou se va á poner en venta. Si acaso te agrada esa finca, no debes privarte de ella. Te lo permite tu fortuna. ¡Y mira como se arregla todo! De este modo, ha añadido suspirando, si te vuelves á casar, como es probable, seremos vecinos, pues no quiero desprenderme de Scaer. Ahora comprenderás por qué no necesito contrariarme. Tengo un buen pretexto para mis visitas. Tu castillo está en venta. Me conviene. Lo examinaré despacio, mejor diez veces que una. Vengo, en suma, sin ningún misterio, á ver la casa... y al propietario.

La baronesa estaba irresistible.

Hubiera desarraigado el ceño de un condenado á muerte.

Estaba chispeante de vivacidad, gracia é ingenio. Sus ojos de zafiro lanzaban llamas capaces de fundir el mármol.

Y sin embargo, su amante seguía preocupado.



Acariciaba maquinalmente la mano de la viuda. Esta distracción extrañó á la baronesa, cuyas sospechas reaparecieron.

Vió sobre la mesa el legajo del notario.

—¿Qué estabas leyendo ahí? preguntó á su amante.

Era echarle una cuerda de salvación.

El duque la asió solícito.

—Mira, respondió alargándole los papeles.

—¿Me permites?

—Para tí no tengo secretos.

—¿De veras?

Sin interrumpir la conversación, Luisa examina ba las notas del señor Durand.

—La situación es mala. ¿No lo sabías?

—Hasta esta mañana.

—¿Y por eso estás tan mal humorado?

—Precisamente.

La excusa era aceptable.

El duque lo comprendió y recobró algo de aplomo.

Ya que habia de aceptar la situación, poco costaba hacerlo con galanteria.

El ejemplo de la baronesa le animaba poco á poco. La arrogancia de la hermosa viuda, su franca sonrisa, el esplendor de su belleza, el brillo de sus ojos, reavivaban los deseos dormidos en el fondo de su alma.

¿No tenia razón en decir que no era digno de lástima?

¡Le traia su juventud abierta como una rosa de junio y sus millones! ¿Podia pedir más?

—Querida Luisa, dijo, llegas en el instante en que me hace falta valor, te lo confieso. ¿Quieres que te hable con franqueza?

—Si es posible, dijo, Luisa con sorna.

—Oye, pues. Es una confesión.

—Vamos.

—Hasta la noche del 26 de Febrero, inolvidable fecha, he vivido con el mayor desorden, burlándome de la virtud, que sólo de nombre conocía, jugando con el honor de casadas y solteras, tirando el dinero por la ventana, seguro de hallarlo el dia que quisiera vender mi título á la vanidad de una plebeya. No me creía digno de estimación; pero con arreglo á las leyes del honor mundano, bien poco rigurosas, podía llevar levantada la cabeza. Desde nuestra aventura he perdido este derecho. Me avisa mi notario que he perdido hasta el último sueldo. No me queda ya más.

Abrió un cajón de su mesa.

El cajón de un revólver brillaba en el fondo.

Se lo indicó á la baronesa.

—Es un recurso supremo—añadió.—Muchas veces he pensado si, arruinado, deshonrado á mis propios ojos, no seria mejor saltarme la tapa de los sesos que volver á comenzar una existencia tan desdichadamente terminada. No sé lo que me ha detenido, porque, bien mirado, bastante es un minuto para concluir del todo. Pero no he hallado ese minuto. Creo que tu recuerdo me acobarda y



me ata á la vida. Hay instantes, sin embargo, en que siento impulsos de aborrecerte, y es preciso que te vea para comprender cuánto te amo.

La baronesa le estudiaba con acombrados ojos.

—Me das lástima—dijo.—Estos hombres que se precian de amos nuestros, tienen debilidades extrañas. ¿Es posible que el duque Huberto de Vaudrey, el descendiente de aquellos campeones para quienes nada valía la sangre de sus prójimos, haya degenerado hasta el punto de sentir remordimientos por la muerte de un enemigo, y de tener no sé qué absurdo menosprecio de sí propio é impulsos de acabar con su existencia, envidiada por muchos? ¿De qué barro te han formado, amigo mío? Yo soy mujer, y no tengo desalientos estúpidos. ¡Comprendo al vencido, que bajo el peso de la ignominia y de la ruina, se salta la tapa de los sesos, pero tú...! A mí sólo dos cosas me asustan: la miseria, la horrible miseria, ó la pobreza, tan detestable como la miseria: la necesidad que obliga al trabajo quebrantador, incesante, que deforma, gasta y destruye á tantas infelices que tienen la virtud de sometersele. Lo que temo, además, oye bien, es la traición de mi amante, del hombre elegido entre todos, á quien deseo y adoro! ¡Ah, duque de Vaudrey, y tú te quejas! Joven, sano, vigoroso, experimentado, discreto, poseedor de una mujer á quien tus iguales adularían si ella quisiera, y que viene á tí y te dice: ¡Aquí me tienes, yo soy el amor y la fortuna, cuantos gozos y placeres puede un hombre apetecer, estoy dispuesta á dártelos! ¡Cuantos triunfos

puede soñar la vanidad más ambiciosa, los tendrás á tu alcance! ¡Y te quejas! ¡Y muestras con ostentación revólveres dentro de los cajones! ¡Está bueno! ¡A quién harás creer que piensas en ir á ver lo que pasa en el otro mundo, teniendo en este cuanto puede lisongear á los sentidos! ¡Yo no siento remordimientos! ¡Yo no tengo pesares! No tengo el menor deseo de morir; no, ciertamente. Déjame pues, dirigir, puesto que yo soy la fuerza, y verás qué hermosa existencia te procuro. ¿Será así?

Hay que dar á cada uno lo suyo.

La baronesa de Bresson no era una mujer cualquiera.

Estaba verdaderamente asombrosa.

Se expresaba con una vehemencia, una arrogancia y una altiva ironía, que le daban aspecto de emperatriz, y aun pocas emperatrices, fuera del garbo, su arrogante cabeza, su soberbia estatura y sus expresivos ojos, llenos de belleza trágica.

El duque, dominado y vencido, le tendió la mano.

—Eres asombrosa, amada mía, y te admiro. ¡Serás una incomparable duquesa!

—Sea, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Desde hoy queda á mi cargo la dirección de los negocios.

—Está bien.

—No adoptarás sin consultarme ninguna resolución de importancia,

—Consiento.



Y besando el blanco brazo de su amante, añadió:

—¡Eres un encantador consejero!

—Pues manos á la obra. A escribir á tu notario.

—¿Qué le digo?

—Toma una pluma.

—Ya está.

—Yo dicto. «Muy señor mfo: Le agradeceré que, á pesar de las dificultades de que me habla, venda usted todas mis propiedades, excepto la de Latgou, que me reservo hasta lo último. Tengo á mano un comprador con quien me entenderé fácilmente. De usted, etc.»—La dirección. Concluído.

—Perfectamente.

—Henos, pues, casi de acuerdo.

Vaudrey la miró con inquietud.

—¿Casi has dicho?...

—En efecto.

—¿Por qué?

—Porque nos falta que arreglar otro asunto.

Explicáte.

La vituda le dirigió una mirada penetrante y algo dura.

—Hace algunos días has pronunciado delante de mí un nombre que me ha estrañado.

—¿Cuál?

—El de una joven de esta tierra.

—Qué te importa.

—Ya verás.

—¿Se llama?.....

—Ivona Rebec.

El duque se rascó una oreja y procuró sonreír.

—¿Eres celosa? Es un feo defecto vida mía.

—Hasta ahora no lo sabia, porque no me habian puesto á prueba.

—¿Y ahora?

—Confieso que tengo esa funesta enfermedad.

—¿Cómo lo has conocido?

—No tengo por qué ocultarlo. Hablaban de tí en mi presencia.

—¿Y qué decían?

—Nada gravó.

—Respiro.

—Solo que, mientras en tus cartas te pintabas abrumado de pesares y casi de terrores, el narrador aseguraba que pasabas la vida alegremente y disfrutando de muchas distracciones.

—¿Cómo?

—¿Cortejando á las beldades de esta tierra?

—No las hay.

—Eso objeté yo.

—Enhorabuena.

—Pero me confundieron diciéndome que hay por lo menos una.

—Es poco.

—Es bastante.

—¿Y la joven beldad, excepción de las maritornes morbihanesas, es Ivona Rebec?

—La misma.

—¿Y eso ha bastado para darte á conocer que eres celosa?

—¿Por qué no?



El duque se levantó.

—Querida mía, dijo, acabas de darme excelentes consejos que me he apresurado á seguir, ¿quieres oír un más?

—¡Si es bueno!

—¡Excelente! Vas á ver.

Tomó la mano de la baronesa y la pasó bajo su brazo. Atravesó la biblioteca y luego una serie de salones llenos de retratos de sus antepasados, gentiles hombres empolvados de la regencia ó de Luis XV, mariscales de campo con relucientes corazas adornadas con lazos; viejos señores con cuellos á la Sulby, marquesas y duquesas, viejas y jóvenes con variedad de trajes.

El duque se detuvo ante la más bonita y dijo:

—Esta es Ana de Vintimille, mujer del duque Estanislao, aquel viejo capitán emboscado entre barbas, herido en Pavia, y abandonado por muerto en el campo de batalla. Pasó como tantas otras, por favorito del rey Francisco I, y no se dice que el duque, su esposo, se incomodase por eso.

—¿Vas á representar la escena de los retratos de Hernani? preguntó la baronesa.

—Sí.

—Recurso gastado, amigo mío.

—No tanto como te parece.

La llevó frente á una joven, en traje de baile muy descotado, con hombros soberbios y cuello de cisne. Cabellos empolvados coronaban su encantadora cabeza, y sus negros ojos brillaban como carbunclos.

—Esta,—continuó,—se llama como tú. Era hija del marqués de Saint Laur. Sucedió á las señoritas de Mailly-Nesles, en la gracia del rey Luis, llamado el Bien Amado, sin duda porque tuvo queridas sin cuento. El duque Renato de Vandrey, su esposo, estuvo retirado en Laugou algunos meses para poder asegurar que nada malo había visto y la recibió con toda clase de agasajos cuando, pasado el capricho del rey, vino á buscarle.

Dió vuelta á los salones y dió curiosos detalles sobre sus abuelas.

Sabía al dedillo sus historias.

Las había recogido un viejo preceptor, en un manuscrito curiosísimo que se guardaba en el archivo del castillo.

Tocó después el turno á los hombres.

De los relatos del duque se desprendía que los maridos no habían necesitado más indulgencia que las mujeres.

—¿A dónde quieres ir á parar?—dijo la baronesa, tratando de dar fin á las agradables historietas.

—A que no somos una raza de burgueses de poco pelo, y á que las pequeñeces deben dejarse á los pequeños. Mira esos nobles señores, si hubiesen estado sujetos á esas mezquindades, no hubieran tenido un minuto tranquilo. El palacio de Vandrey y el castillo de Laugou hubieran sido un infierno. La historia lo demuestra. Imitémosla.

La baronesa movió la cabeza.

—No,—dijo secamente.

Y como insistiese el duque:



—Nó, y mil veces ón—repitió con entonación enérgica—Esas complacencias no son ya de estos tiempos. Por otra parte, yo no soy de tu raza. Y quiero un marido mio, esclusivamente mio, ¿entiendes?

—Sea—dijo el duque.—Queda anulado nuestro convenio.

—¿Y qué harás?—preguntó asombrada Luisa.

—Me dirigiré á alguna de las clientes de mi notario ó del Sr. Chapuzet. Serán sin duda más acomodaticias.

El duque se expresaba con desdén, pero la viuda palidecía y se tornaba amenazadora:

—No hablas seriamente—dijo.

—¡Sí!

—Oye, y basta de bromas. Yo no he hecho todo lo que he hecho para renunciar á un amante que tanto caro me cuesta. Por otra parte, si he de decirlo todo, no quiero que haya quien sepa mi secreto y pueda hacerme bajar los ojos y no sea mi marido. Además quiero ser duquesa de Vaudrey, no por tí, á quien voy conociendo, y aquí entre nosotros, te diré que creo que me he equivocado engañando á Santiago Bresson en tu provecho; sino por tu título, que me place y quiero llevarlo. Pero exijo también que mi marido respete mi casa. Soy burguesa y me precio de serlo. ¡No haber venido á turbar la tranquilidad, que era mi gozo! Tú eres mio: yo te guardo. Yo no uso eufonismos para atenuar mi pensamiento. He aquí mis condiciones:

Tengo seiscientos mil francos de renta. Te compro Laugo en la cantidad necesaria para que pagues tus deudas. Así no me arruinarás. Tendré la casa con un lujo honroso y creo que podré distraer para tu bolsillo particular cien mil francos. ¿Aceptas?

Hablaba con un tono seco, imperativo, fruncidas las hermosas cejas.

El duque tuvo conatos de resistencia.

Aquella tiranía le espantaba.

—¿Y si rehuso? dijo.

—No rehusarás.

—¿Quién me lo impediría?

—Yo.

—¿Cómo?

¡Diantre! Aunque tuviera que acusarte del crimen que has cometido.

—¡Perdiéndote tú!

—¡Qué me importa! Tomaría precauciones.

—¿Te atreverías?

—¿No eres el asesino del barón Santiago Bresson, mi esposo?

El duque inclinó la cabeza.

—¡Más bajo! dijo.

—Bien ves que eres mi prisionero.

Y acercándose á su amante y poniéndole una mano sobre el hombro.

—Sí, soy celosa, dijo con hondo acento, celosa hasta la locura; pero esto, ¡qué prueba sino que te amo, Huberto! ¡Puedes estar tranquilo, no te engañaré! pero no quiere que me engañes. Borro el pasado, pero me reservo el futuro. ¿No soy bastante



hermosa para agradarte y para lisonjear tu orgullo? ¡Qué hermosa pareja haremos! ¡Ea! ¡di que aceptas y déjame obrar!

Inclinóse suspirando sobre los cabellos del duque en los que imprimió un beso.

—Desde hoy, dijo, soy tuya cuerpo y bienes, pero tu eres mío ¿Lo juras?

Y le tendió la mano.

El duque la estrechó entre las suyas. Quedaba cerrado el trato.

## II

### SOLA EN LA CITA.

El duque y Luisa se fueron juntos al terrado del castillo, y luego, por entre los grupos de flores del jardín, á las caballerizas.

Allí, sobre todo, se dejaba ver la ostentación de las grandes familias, que eclipsa á la medianía moderna.

Sesenta caballos cabían cómodamente en aquellas inmensas cuadras, construídas en semicírculo y con bóvedas dignas de un templo.

El escudo de los Vandrey, bajo una corona ducal, está esculpido en el frontis.

La alegría de la viuda era intensa, pero la contenía.

Ella, la hija de un simple oficial, se enorgullecía á la idea de que sería suyo aquel grandioso castillo, y de que su retrato firmado por un maestro, figuraría en las galerías á continuación de aquel linaje aristocrático emparentado con las más ilustres familias de Francia.

El precio resultaba, á la verdad, un poco alto.

—¡Crímenes!

¿No los hay, indagando bien, en el fondo de la historia de todas las razas opulentas? ¿No hay por lo menos, aventuras inexplicables, muertes misteriosas y olvidadas explosiones?

Y de la existencia de su crimen, ¿había siquiera sospechas?

La tumba del P. Lachaise en que Santiago Branson dormía, ¿no era tan muda como las otras?

El duque lo seguía como si lo llevase atado con una cadena.

No obstante la presencia de la hermosa viuda, continuaba preocupado, distraído, inquieto.

Sus palabras eran premiosas.

Procuraba, sin conseguirlo, disimular su disgusto.

A Luisa Renaud difícilmente se le engañaba.

Al separarse de su amante le sonrió con la amabilidad de los mejores días.

Pero en cuanto montó á caballo meditó sobre todo lo ocurrido, y se dijo:

—Tenía razón Juan María. El duque tiene un secreto y quiero descubrirlo.

El día estaba templado, aunque nuboso, como es frecuente en Bretaña. Blancas nubes, ligeras como